

1984



JULIA

UNA NUEVA VERSIÓN DE 1984, DE GEORGE ORWELL

SANDRA NEWMAN

DESTINO

Julia

Sandra Newman

Traducción de
Pilar de la Peña Minguell

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1649

Título original: *Julia*

© Sandra Newman, 2023

The trademarks for JULIA and NINETEEN EIGHTY-FOUR are used with the permission of the Orwell Estate

© por la traducción del inglés, Pilar de la Peña Minguell, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2024

ISBN: 978-84-233-6506-7

Depósito legal: B. 4.274-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



I

Fue el de Archivos quien lo empezó, él, con su absoluta ignorancia y ese aire remilgado y sombrío de superioridad viejopensar. Era el tipo al que Syme llamaba «Viejo Triste».

No era del todo nuevo para Julia. Los de Ficción, Archivos e Investigación se tomaban la segunda comida a las trece horas, con lo que al final todas las caras te sonaban. Pero, hasta entonces, en realidad solo era Viejo Triste, el que parecía que se hubiera tragado una mosca y tosía más que hablaba. Camarada Smith era su nombre correcto, aunque «camarada» no llegara a encajarle mucho. Claro que, si te parecía ridículo llamar a alguien «camarada», mucho mejor no hablar con esa persona y punto.

Era menudo y de tez muy blanca. Atractivo, o podría haberlo sido si no hubiese tenido siempre aquella cara de amargura. Nunca se le veía sonreír, salvo por la falsa mueca de devoción típica del Partido. Julia había cometido el error de sonreírle una vez y él le había devuelto una cara capaz de agriar la leche. Se decía que destacaba en su trabajo, pero que no avanzaba porque sus padres habían sido nopersonas. Se suponía que eso era motivo de amargura.

No obstante, era una vergüenza el modo en que Syme lo atormentaba. Syme trabajaba en Investigación, en el

Ministerio de la Verdad, ideando palabras para la neolengua, pensadas para depurar la mente de todos, pero que, en el fondo, era un coñazo aprenderse. La mayoría se las apañaba como buenamente podía, pero Viejo Triste Smith ni siquiera era capaz de decir «nobién» sin que pareciese que le abrasaba la boca. Syme encontró en aquello un motivo para seguirlo a todas partes y comportarse como si fuera su mejor amigo, la situación ideal para acribillarlo con vocablos de la neolengua y verlo retorcerse al pobre. Smith tampoco tenía estómago para las ejecuciones públicas, así que Syme le hablaba de los ahorcamientos que había presenciado: reproducía los ruidos de los estrangulados y le comentaba lo mucho que disfrutaba viéndolos con la lengua fuera. Smith mudaba visiblemente de color. Así le gustaba divertirse a Syme.

Julia solo había hablado con Smith en una ocasión, cuando les había tocado sentarse a la misma mesa de la cantina. Por entonces aún albergaba esperanzas con él. Había poquísimos hombres atractivos en Verdad y le había parecido que podía alimentar su encaprichamiento con Smith para pasar el rato en los días tediosos. Por eso había parlotado con más entusiasmo del que era lógico esperar sobre el Plan Trienal, sobre la suerte de que Ficción tuviese nuevos obreros, todo gracias al Gran Hermano, y ¿cómo lo lleváis los de Archivos?

En vez de contestar, él le había dicho, sin mirarla a los ojos:

—O sea, que trabajas en una de las máquinas de Ficción...

Ella se había reído.

—Arreglo todo lo que se rompe, camarada. No es una sola máquina, porque en ese caso ¿sería una máquina extraordinaria, si hubiera que estar arreglándola todo el día!

—Te veo siempre con una llave inglesa en la mano —había comentado él, posando los ojos en el pañuelo

rojo de la Liga Juvenil Antisexo que ella llevaba a la cintura y apartando la mirada enseguida como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Había visto que aquel tontorrón le tenía miedo. Temía que lo fuera a denunciar por crimensex, ¡como si ella pudiera ver las cochinas que le pululaban por la cabeza!

El caso es que, después de aquello, seguir esforzándose no tenía mucho sentido. Habían terminado de comer en silencio.

Todo cambió el día en que O'Brien estuvo en Ficción, una mañana de abril, gris y de vientos perversos, en que todo Londres se sacudía, gemía y parecía a punto de salir revoloteando en remolinos alrededor de sus propios tobillos. Con O'Brien allí, Ficción era una casa de locos (todo el mundo presumiendo de lo mucho que trabajaba), pero la sección de Julia estaba seca. Se pasó la mañana entera en la pasarela, pendiente, en vano, de que alguna banderita amarilla le indicase que alguien necesitaba una reparación. Normalmente brotaban como setas y Julia andaba todo el día de aquí para allá oyendo la cantinela de «Camarada, hace un ruidito... Vaya, ha dejado de hacerlo. ¿Podrías echarle un vistazo?». La mayoría de las solicitudes de mantenimiento no eran más que una excusa para escaquearse, charlar un rato y tomar una ginebra, y Julia ponía su granito de arena apagando la máquina y fingiendo investigar el origen del supuesto problema.

Ese día no hubo «ruiditos» en la casa, ni uno. Todos temían que O'Brien los tomara por saboteadores. Julia estuvo toda la mañana caminando nerviosa por la pasarela, muriéndose por un pitillo, pero consciente de que bastaba con ponerse a fumar para parecer criminalmente ociosa.

Ficción era una nave enorme y sin ventanas que ocupaba los dos primeros sótanos del Ministerio de la Verdad.

El espacio estaba dominado por la maquinaria argumental, ocho cacharros mastodónticos que parecían simples cajas de metal resplandeciente. Cuando las abrías, sus tripas eran una colección desconcertante de sensores y engranajes. Solo Julia y su compañera Essie sabían moverse con sigilo por su interior sin estropear nada. El mecanismo central era el caleidoscopio. Lo componían dieciséis juegos de garras que seleccionaban y transportaban elementos argumentales, cientos de piezas metálicas que aquellas garras cogían y desechaban hasta encontrar un conjunto de elementos que encajaran entre sí. El patrón seleccionado lo montaba también una máquina sobre una plancha magnetizada. La plancha se sumergía en una bandeja de tinta que luego otro mecanismo sacaba de allí con un giro y estampaba en un rollo de papel. Después la máquina cortaba el tramo de papel impreso y el capataz extraía la lámina.

El resultado era una cuadrícula impresa a la que se llamaba, en broma, «cartón de bingo» en la que iban codificados los elementos de una historia: género, personajes principales, escenas principales. Un hombre de Reescritura había intentado una vez, en vano, explicarle a Julia cómo se interpretaban. Aun después de cinco años trabajando en aquella planta de producción, para ella bien podían haber sido pictogramas de Orientasia.

En esos momentos, Julia vio a uno de los capataces arrancar del rollo otra lámina impresa y agitarla para que se secase la tinta. Cuando estuvo satisfecho, la enrolló, la introdujo en un cilindro verde y metió el cilindro por un tubo neumático. Desde el lugar estratégico en el que se encontraba, ella pudo ver viajar el cilindro por la maraña de mangas de plástico traslúcidas del techo y caer en un cubo situado en el extremo sur de la sala. Aquello era Reescritura, donde había una serie de hombres y mujeres sentados en filas largas dictando en susurros a los audiodescribas y convirtiendo así los cartones de bingo en

novelas y relatos. Solo que en aquella fase ya no había máquinas y el interés de Julia llegaba a su fin.

Siempre la fascinaba la maquinaria argumental, por su funcionamiento y por las formas en que podía errar. Sabía cómo se formulaban las tintas y le encantaba explicar por qué el azul daba problemas. Sabía cómo sujetar el papel para que no se desplazase y lo que podía hacer que se atascara o se arrugase. Sabía perfectamente cuando una pieza iba a necesitar reemplazo y cómo hacer el pedido para que el Comité de Bienes Captales no lo tumbara. Pero sobre los libros que resultaban de todo aquel proceso sabía poco y le interesaba aún menos.

Una vez, un tipo de Reescritura le había dicho que a él le pasaba lo mismo, a pesar de haber sido en su día un lector voraz. «La gente dice que, si te gustan las salchichas, es mejor que no veas cómo las hacen porque luego te darán asco. Eso me ha pasado a mí con los libros.» En el caso de Julia, la máxima de las salchichas no se cumplía: ella había hecho salchichas y se las había comido sin pensárselo dos veces. Hasta las había ingerido crudas en una ocasión para ganar una apuesta. En cambio, sí era cierto sobre *El triunfo de la Revolución: todo por el Gran Hermano* o *Enfermera de guerra VII: Larissa*.

Mientras pensaba aquello, vio que había empezado a vigilar a O'Brien sin darse cuenta. Pululaba por la planta improvisando discursos, haciendo preguntas, sonriendo simpático a todo el mundo. En las zonas más alejadas de él, los obreros mantenían la cabeza gacha y el semblante imperturbable. Imitaban a las máquinas lo mejor que podían, y algunos lo hacían fenomenal. Cerca de O'Brien, sin embargo, todos los rostros se volvían hacia él, imbuidos de una discreta esperanza, como buscando el sol. A varias personas las habían instado a que abandonaran su puesto, se reunieran con él y escucharan absortas lo que estuviera diciendo. El parloteo de los miembros del Partido Interno, claro, siempre era prioritario al trabajo.

Desde la pasarela donde se encontraba Julia, lo más asombroso era el contraste entre O'Brien y los que lo escuchaban. El primero llevaba el mono negro azabache de grueso algodón americano del Partido Interno, que le quedaba tan bien que parecía hecho a medida. Todos los demás eran del Partido Externo y vestían monos de rayón azules, o demasiado apretados o exageradamente holgados. Tras el primer uso, los monos de rayón se abombaban por las rodillas; a los veinte usos las rodillas ya estaban repletas de zurcidos. El tinte se iba con los lavados, con lo que cada mono era de un azul algo distinto y con manchurriones en las zonas donde se había descolorido de forma irregular. O'Brien era alto y fuerte, mientras que los de Ficción eran o esqueléticos o barrigones. Se los veía encorvados por el acobardamiento permanente de los sumisos; O'Brien, en cambio, era un toro tieso como una vara. Uno no paraba de imaginar aquellas manos grandes con los nudillos descarnados y aquella nariz desdeñosa rota, pese a que, en realidad, no tenía ni una sola tara. Luego estaba su encanto: trataba a todos los hombres como si fueran amigos suyos y a todas las mujeres como si lo hubieran encandilado. Teatro, claro, pero era difícil que no cayera bien.

A Julia le recordaba una película que había visto, en la que un tipo del Partido Interno que se había quedado tirado en la Segunda Región Agrícola terminaba salvando la cosecha. Solo él había sido capaz de ver que el problema del maíz era un insecto minúsculo que lo devoraba desde dentro. Todo gracias a su intelecto superior, simbolizado por las gafas que llevaba sujetas sobre la punta de la nariz. No obstante, cuando llegaba el momento de la cosecha, doblaba las gafas y se las metía en el bolsillo, y su fuerza bruta maravillaba a los campesinos. Las chicas suspiraban por él y los braceros le reían a carcajadas las bromas campechanas. O'Brien era así, hasta los lentes con montura dorada y las jóvenes suspirantes.

En aquel momento, por ejemplo, Margaret, una del albergue de Julia, había aparecido de pronto a su lado en la Máquina 4, y se reía de lo que fuese que O'Brien hubiera dicho, con las mejillas sonrosadas y una mano en el pelo rubio pajizo. Margaret ni siquiera trabajaba en Ficción y no tenía una causa justificada para estar allí. Detrás de ella estaban Syme y Ampleforth, ambos compañeros suyos en la planta décima. Alguien debía de haberlos alertado de la presencia de O'Brien y habían ido corriendo.

Julia miró a otro lado, irritada, porque ella tendría que haber estado allí ligando con O'Brien, no porque le encantasen sus ojos azules, sino por saber si necesitaba alguna reparación doméstica. La mayoría las quería: los de Vivienda tardaban una eternidad y, cuando por fin acudían, nunca tenían piezas de repuesto. Julia hacía reparaciones a domicilio por el desafío, o eso decía ella, pero casi todos tenían la amabilidad de soltarle cincuenta dólares. Y con los miembros del Partido Interno desde luego merecía la pena, aunque no le pagaran nada. Habría sido preferible que le pagaran, claro. Eso era tratarte como a una amiga. Julia había oído contar que algunos conseguían trabajos o pisos gracias a amigos de aquella clase.

O'Brien habría sido el «amigo» ideal. Aun así, Julia se quedó en la pasarela, con cara de obediente concentración. La sola idea de abordar a aquel hombre le ponía la carne de gallina. O'Brien era del Ministerio del Amor.

En aquel instante se cortó la corriente de las máquinas, que vibraron y se detuvieron con un gruñido como el de una gran bestia que suspirara pesadamente y dejara caer su figura inmensa al suelo. En el silencio que siguió, un silencio de golpe en el hueso de la risa, un silencio como el de la sordera posterior al estallido de una bomba, sonó el silbato de los Dos Minutos de Odio.

Ficción, como otros muchos departamentos guardaba su Odio en Archivos. Archivos disponía del espacio; la mitad de la oficina se había despejado con el Pequeño Ajuste del 79. Además suponía un descanso agradable para los de Ficción, que trabajaban en las profundidades oscuras, mientras que los de Archivos estaban en la planta diez, con hileras de ventanas en las cuatro paredes. La idea era que no utilizaran ascensores: ¡ejercicio sano, camaradas! Para colmo de males, había tres plantas «fantasma», que en su día habían sido bulliciosas oficinas, pero de pronto estaban vacías, con lo que la planta diez era en el fondo la planta trece. Eso implicaba no solo tener que subir tres tramos más, sino también pasar por aquellas «plantas de los muertos».

Todos los descansillos estaban presididos por una telepantalla. Syme y Ampleforth, a los que les costaba subir, se detenían constantemente a comentar con aparente fascinación lo que fuese que dijera la telepantalla, a la vez que jadeaban y se limpiaban el sudor de la frente. Julia tenía la costumbre de sonreír a todas las telepantallas al pasar, imaginando que alegraría con su aspecto a algún hombre que vigilaba aburrido. Las escaleras no le inspiraban el menor miedo. A sus veintiséis años estaba más fuerte que nunca y mucho mejor alimentada. Ese día estaba especialmente animada, después de tantas horas de tedioso ocio, y se acercó trotando, charlando con todo el que se encontraba, estrechando manos y riendo bromas. Syme la llamaba «Quiéreme», algo que a veces le chocaba, pero que claramente podría haber sido mucho peor. Solo al final bajó el ritmo con brusquedad al ver que iba a terminar adelantando a O'Brien. Como consecuencia, le pisaba los talones cuando el grupo entró en avalancha en Archivos.

Lo primero que vio fue a Smith, Viejo Triste. Estaba montando hileras de sillas y, absorto en su labor, resultaba sorprendentemente simpático. Smith, un hombre en-

juto de unos cuarenta años, de piel muy clara y ojos grises, se asemejaba al tipo del cartel de HONRAD A NUESTROS PEONES INTELECTUALES, aunque, por supuesto, sin el telescopio. Parecía estar soñando con algo frío pero agradable. Quizá estuviera pensando en música. Se movía con evidente placer, a pesar de su leve cojera; se notaba que le gustaba tener quehaceres físicos.

Pero entonces reparó en Julia y apretó los labios asqueado. Era asombroso lo que le cambiaba la cara: de halcón a reptil. «¡No te pasa nada que no se pueda arreglar con un buen polvo!», se dijo ella, y casi le dio la risa, porque era verdad, claro. El verdadero problema de Smith no era que sus padres hubieran sido nopersonas, ni que no soportara la doctrina del Partido, ni siquiera su desagradable tos. Viejo Triste sufría un caso grave de Agriamiento Sexual. Y, como de costumbre, la culpa era de la mujer, ¿de quién si no?

Sin pensárselo mucho, cuando Smith se sentó, Julia fue a sentarse justo detrás. Se dijo que lo hacía porque era el sitio que quedaba más cerca de las ventanas, pero, cuando él se agarrotó, incomodado por su presencia, ella sintió una satisfacción perversa. A su lado, Julia tenía una estantería con un solo libro: un antiguo diccionario de neolengua de 1981, ligeramente polvoriento ya. Se imaginó pasando el dedo por el polvo y escribiéndole algo en la nuca con aquella porquería (una jota de Julia quizá), aunque eso no lo haría jamás, por supuesto.

El único problema era que, desde allí, lo olía. Lo lógico habría sido que oliera a mohó, pero olía a sudor masculino del bueno. Luego reparó en su pelo, fuerte y abundante, debía de ser agradable al tacto. ¡Qué injusto que el Partido se quedara con los guapos! ¿Por qué no se llevaban a los Syme y a los Ampleforth y le dejaban a ella a los Smith?

Entonces, cómo no, Margaret fue a sentarse al lado de Smith y luego llegó O'Brien y se puso al otro lado de

Margaret. Smith y ella se ignoraron. Todos los de Archivos eran así. Era un trabajo traicionero, pasarse el día leyendo viejopensar, y los obreros de Archivos guardaban las distancias. Pero lo que le preocupaba a Julia era que O'Brien anduviera detrás de Margaret. Dudaba que «disfrutase» de los lloriqueos y los suspiros de aquella simplona.

Julia volvió la cabeza, la opción más segura cuando alguien hacía algo peculiar, y miró por las ventanas. En ese instante pasó volando un trozo de periódico, girando frenético por el aire para luego extenderse de pronto y caer en picado hacia los tejados del fondo. Desde aquella altura no se distinguían los barrios proles de los del Partido; eso siempre era raro. También costaba un poco ver los boquetes donde habían caído las bombas; en la calle los había por todas partes y Londres a veces parecía más cráter que ciudad. Estaba prohibido el uso privado de combustible durante las horas del día y se podían ver las escasas columnas de humo donde estaban los comedores de la PAI. También se aplicaban cortes de suministro eléctrico, y las ventanas mugrientas y oscuras de los edificios de oficinas presentaban el resplandor sombrío del mar.

La inmensa telepantalla del cercano edificio de Transporte, cuya película producía la ilusión óptica de que la luz diurna no paraba de titilar y variar sutilmente, tapaba un pedacito de la vista. Las imágenes se repetían en un bucle sencillo. Primero se veía a un grupo de niños de mejillas sonrosadas jugando inocentemente en un parque infantil. En el horizonte iba creciendo una masa de pervertidos, eurasiáticos y capitalistas que atacaban a los críos con brutalidad. Luego aparecía de pronto un recorte del Gran Hermano que emborronaba a los villanos y se veía un eslogan en el cielo: ¡GRACIAS, GRAN HERMANO, POR MANTENER A SALVO A NUESTROS NIÑOS! Después de eso salían los mismos niños, ya con el unifor-

me de la organización infantil, los Espías: pantalón corto gris, camisa azul y pañuelo rojo. Los Espías felices marchaban con una bandera del socing y el eslogan del cielo se transformaba en ¡ÚNETE A LOS ESPÍAS! Entonces desaparecía todo y volvía a salir la primera imagen.

Los helicópteros sobrevolaban aquella escena sin parar. Primero se veían los grandes, cuyo paso era audible incluso a través de las gruesas ventanas. Aquellos los llevaban un piloto y dos artilleros, y a veces se veía a un artillero sentado como si nada en el hueco de la puerta, con un fusil negro apoyado en la rodilla. En cuanto pensabas en los helicópteros empezabas a detectar las bandadas de microcópteros de debajo; entonces los grandes parecían los papás de los pequeños. Los micro no llevaban piloto; iban teledirigidos. Eran solo para vigilancia y, en los distritos del Partido Externo, a menudo levantabas la cabeza de lo que estabas haciendo y te encontrabas un micro suspendido junto a la ventana como un pajarillo curioso.

Pero lo que más sorprendía, con mucho, era el Ministerio del Amor. Se alzaba en medio del amasijo de ruinas y casas bajas como una aleta blanca que surcaba aguas pardas y turbias. En su resplandeciente superficie se podían distinguir las figuras minúsculas de los trabajadores, conectados a una fina tracería de cables, frotando su fachada de un espeluznante blanco níveo. Salvo por el detalle insignificante de aquellos trabajadores, el edificio era tan blanco que daba la impresión de ser una ausencia, un portal a la nada abierto en la ciudad andrajosa y en el cielo nublado. Amor no tenía ventanas, lo que daba a su austera belleza un aire sofocante. Julia había oído decir que allí los ratones no tenían ojos porque, como no había luz, no los necesitaban. Una gilipollez, claro. Aun durante los cortes de suministro eléctrico, en los cuatro grandes ministerios siempre había luz. No obstante, aquellos míticos ratones ciegos la preocupaban. Representaban los

verdaderos horrores que tenían lugar al otro lado de aquellas paredes, horrores que uno no veía y, en su ignorancia, debía imaginar.

Más allá de Amor, al suroeste, estaba la torre de cristal, más modesta, del Ministerio de la Abundancia, fulgurante de luz. Más hacia el sur, el Ministerio de la Paz solo se veía como un resplandor en la niebla. Más allá incluso de eso, Julia veía una leve bruma verde que podían ser los campos del borde mismo de Londres. Siempre pensaba que aquella bruma era Kent, también llamado la Zona Semiautónoma 5, donde ella se había criado.

Casi todos los demás obreros de Verdad habían nacido en la ciudad y pasaban por delante de las ventanas sin mirarlas siquiera, pero Julia nunca se cansaba de contemplar Londres. Hasta le encantaba lo destrozada y ruinoso que estaba, lo agreste que era si te alejabas de los barrios del Partido. Era la mayor ciudad de Pista Aérea Uno, la más poblada de toda Oceanía, desde la Zona Semiautónoma de Shetland hasta la Región Económica Argentina. Julia no dejaba nunca de sentirse afortunada de estar allí, habiendo nacido en una ZSA, entre vacas y pastos.

Mientras ella miraba por la ventana, la sala se había llenado y el olor a hombre de Smith se había desvanecido en una atmósfera general viciada de ropa sucia, mal aliento y jabón barato. Algunos ya tenían cara de indignación, preparados para el Odio. Siempre resultaba extraño verlos mirar furiosos y tensos, con el rostro deformado, a una telepantalla en blanco. Julia empezó a experimentar la habitual angustia de que aquello no saliera bien, de que los presentes se rebelaran y se rindieran avergonzados, o simplemente se echaran a reír a carcajadas. Siempre que imaginaba aquello, se veía levantándose y regañando muy digna a los infractores, pero, en el fondo, ella sería la primera en carcajearse.

Y entonces empezó. Lo sentías casi antes de oírlo: una vibración a modo de trueno que desembocaba en una voz

chillona y demasiado alta. Parecía sacudir hasta las propias sillas metálicas y hacer que las luces borbotearan de migraña. Todos gritaban furibundos cuando el rostro odioso y ya conocido de Emmanuel Goldstein llenaba la telepantalla.

Era un rostro flaco e intelectual con una bondad que pronto se revelaba intrigante y falsa. La mirada que se ocultaba tras aquellas gafas era a la vez pueril y lasciva. Los labios gruesos siempre estaban humedecidos. Te daban ganas de cruzar las piernas. La mata de pelo blanco lanoso que le rodeaba la cabeza era como de oveja, igual que sus rasgos bulbosos. Hasta su voz era como un balido quejumbroso. Cuando empezó el fragmento grabado, Goldstein estaba dando un discurso que al principio se parecía mucho a cualquiera de los del Partido. De hecho, buena parte de él estaba en neolengua: «el yerropensar se ha apoderado del masbién de los realuchadores». Había que escuchar con atención para detectar que se trataba de una serie de ataques a Oceanía, al Partido y a su forma de vida.

Emmanuel Goldstein había sido en su día un héroe de la Revolución que había luchado en el bando del Gran Hermano. Luego se había vuelto en contra del Partido y desde entonces dedicaba su astucia y su energía considerables a la destrucción de Oceanía y de sus habitantes. Nadie estaba a salvo de su maldad. Si no conseguía volver a los ciudadanos en contra del Partido, envenenaba el suministro de agua. Si no lograba corromper a los niños, les bombardeaba las escuelas. Detestaba todo lo casto y lo valiente porque él carecía de esas virtudes y, por esa razón, odiaba al Gran Hermano con toda su alma retorcida y parasitaria. Aunque sus discursos estaban siempre repletos de mentiras flagrantes y jerigonza absurda, como «libertad de expresión» y «derechos humanos», aún engañaba a algunos. Sus acólitos eran responsables de todo lo malo de Oceanía, desde el sabotaje por el que nadie

tenía suficiente comida hasta la merma de la moral de los soldados que impedía a Oceanía ganar la guerra.

Claro que uno sabía que todo aquello no podía ser cierto. Había demasiadas crónicas de los crímenes de Goldstein; habría tardado mil años en cometerlos. Supuestamente, Londres estaba inundado de terroristas suyos, pero nadie había visto ninguno en persona. Las historias de las huidas de Goldstein de la justicia eran particularmente descabelladas y siempre implicaban apasionantes muestras de valor por parte de nuestros Chicos de Negro y un episodio humillante en el que Goldstein caía de culo o lloriqueaba, suplicaba que le perdonaran la vida, pero, en el último momento, lo rescataba un villano, por lo general un mandamás del Partido caído en desgracia el día anterior.

Ese día, Goldstein despotricaba contra la guerra de la forma más pueril y ofensiva, como si fuera solo culpa de Oceanía. Le daban igual las personas muertas por las bombas esa mañana. Por si corrías el peligro de que te camelara, en la pantalla, detrás de su cabeza, se veían filas de soldados eurasiáticos que marchaban, una riada interminable de hombres inmensos de rostro duro. El Odio estaba en pleno apogeo; la sala entera bramaba exaltada. Margaret estaba hermosamente colorada, con la boca muy abierta en un gesto de ira sensual, y O'Brien se había puesto en pie, muy viril, como si plantase cara a un enemigo detestado. Hasta Smith berreaba con asombrosa virulencia y pateaba espasmódico el reposapiés de su silla. Julia desconectó durante un peligroso instante y se preguntó fríamente si Smith fingía. Entonces la asaltó el pánico: había olvidado seguir gritando. De pronto sintió ganas de bostezar.

Llevada por un impulso, agarró de la estantería que tenía al lado el antiguo diccionario de neolengua. Inspiró hondo y bramó: «¡Canalla! ¡Canalla! ¡Canalla!» y lanzó por encima de las cabezas aquel pesado volumen, que

salió volando y girando sobre sí mismo hasta estamparse contra la pantalla con gran estrépito. Se sobresaltaron todos y, por un instante, Julia se arrepintió de lo que había hecho. Su arrebato podía interpretarse como un ataque a la pantalla. Las telepantallas eran muy resistentes y un libro no podía hacerles nada, pero ¿lo sabía O'Brien? ¿Consideraría aquello un sabotaje?

Sin embargo, O'Brien siguió berreando, ajeno a lo ocurrido, y otros empezaron a acribillar la pantalla con lo que tuvieran a mano. Uno le tiró una cajetilla de tabaco; otro, un zapato. Julia sudaba de miedo, pero le había salido bien la jugada. Aquel bostezo traidor se había esfumado.

Entonces la imagen de la pantalla empezó a cambiar. El rostro de Goldstein se convirtió en el de una oveja de verdad, y su voz se transformó en un balido largo y agudo. Justo cuando la gente empezaba a reír y a abuchear, reemplazó a la oveja un corpulento soldado eurasiático que saltaba hacia el espectador con una metralleta. Algunos de los que estaban en las primeras filas se encogieron de miedo.

Pero aquella imagen se deshizo de inmediato en el rostro reconfortante del Gran Hermano, el líder del Partido, un hombre de unos cuarenta y cinco años, recio pelo negro y bigote también negro. Ese Gran Hermano era a la vez igual y noigual que el joven Gran Hermano de brazos desnudos de los carteles de reclutamiento del ejército, o que el Gran Hermano niño que salía en las chapas de los Espías. El líder maduro era guapo y extremadamente masculino, de una forma limpia y tranquilizadora. Era un hombre que llevaba decenios luchando por su pueblo y había sobrevivido para ver su sueño hecho realidad. Por el camino lo habían traicionado innumerables hombres a los que había considerado verdaderos camaradas, y los capitalistas habían estado a punto de asesinarlo montones de veces, pero seguía firme contra la Marea.

Entendía al hombre de a pie y se implicaba en todos sus problemas. Era grande, pero también bueno. No había que ser idiota para querer al Gran Hermano; independientemente de todo lo demás, eso siempre era así.

Cuando el Gran Hermano habló, todos se volvieron hacia la pantalla, como si disfrutaran de su luz. «Somos uno. Nuestra es la verdad...» A esas palabras siguieron otras que se diluyeron en el pensamiento de Julia tan pronto como fueron pronunciadas. Margaret se estiró hacia el respaldo de la silla vacía que tenía delante, masculló: «¡Mi salvador!» y enterró la cara en las manos. También Smith se inclinó hacia delante, tenso, con aquella cabeza rubia levantada.

En los últimos segundos, la cara del Gran Hermano se desvaneció y la reemplazaron tres eslóganes fundamentales del Partido, escritos en gruesas letras negras sobre rojo: LA GUERRA ES LA PAZ. LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD. LA IGNORANCIA ES LA FUERZA. Después la telepantalla se quedó en blanco y dejó a quienes la miraban frente a su propio reflejo tibio. Empezaron a corear: «¡Ge hache! ¡Ge hache! ¡Ge hache!», sin orden ni concierto al principio, pero la proclama no tardó en adoptar un ritmo lento y firme. Los que seguían sentados se pusieron en pie. Algunos empezaron a patear o a golpear los respaldos de las sillas. Esa parte del ritual siempre era un alivio. Todos se relajaban y sonreían. Se había tenido otro pensamiento correcto, se había sentido otro sentimiento correcto. Se veía lo poco que pedía el Partido, después de todo. No hacía falta aprenderse las últimas palabras de la neolengua ni esforzarse por creer en cosas contradictorias. Si odiabas al enemigo, te podían querer. Se miraban unos a otros como aletargados, algunos con los ojos inundados de lágrimas. Habían tenido un buen Odio.

Ya solo quedaba el problemilla de saber cuándo dejar la cantinela. Aunque nadie quería ser el primero, tampo-

co era bueno ser el último. Julia decidió fijarse en O'Brien, pero, según lo pensaba, él se volvió y la sorprendió ver que ya había parado. Su semblante le pareció extraño: no expresaba gozo, sino una especie de interés jocoso. Al principio, le pareció algo sexual y se dijo sorprendida que la feúcha de Margaret había conseguido atraerlo de algún modo. Pero, por raro que pareciera, O'Brien no miraba a Margaret, sino a Smith, y el semblante de este revelaba franqueza, quietud y una ternura enigmática. Era como un prado bañado por el sol.

Instintivamente, Julia les dio la espalda y, en ese instante, concluyó el griterío. Cerró la boca en una última sílaba inacabada y se giró de nuevo: O'Brien y Smith volvían a mirar al frente con el rostro sombrío. Nadie diría que se había producido un momento de complicidad entre ellos.

Dudó enseguida de lo que había visto. Todos se miraban; ¿qué importancia podía tener eso? El gesto afectuoso de Smith no había sido muy distinto del de los demás mientras coreaban. ¿Y qué tenía de sorprendente que O'Brien mirara a Viejo Triste con aquel desenfado risueño? No era peor que lo que hacía Syme a diario.

La gente empezó a levantarse de las sillas. Ampleforth se acercó y empezó a hablar sumiso con O'Brien sobre las nuevas cuotas de poesía. Asintiendo y poniendo cara de interés, O'Brien volvió a irradiar sinceridad. Cuando Smith empezó a recoger las sillas, ya estaba ceñudo y amargado; volvía a ser el de siempre.

No, en el fondo no había pasado nada. Julia se lo quitó de la cabeza y se levantó para emprender su largo camino de vuelta a Ficción.